

CUENTO

De esas cosas que tienen que suceder

Por PERLA SCHWARTZ

Ella sale de su casa. No le interesa el rumbo, se dirigirá hacia donde su brújula le conduzca. Lo importante era haber huido, un ambiente insoportable tuvo que ser abandonado. Ella busca emprender su vuelo hacia la independencia, hacia una plena liberación. Está cansada de presiones, de prohibiciones antepuestas a cualquiera de sus deseos.

Sola, anhela ser ella misma; desertar de las máscaras que le forzaron a usar, desgarrar las vestimentas que siempre le resultaron incómodas. Y por fin, partir hacia el encuentro de las aguas del manantial de la autenticidad.

Ella, la que aparentaba siempre permanecer entre cadenas. La niña que vivió entre las faldas de mamá. Tomó su determinación. Dispuesta estaba a todo. La única llave que traía consigo era su propia persona. La aventura se inició.

Veintidós años y un mundo a recorrer, a descubrir, a construir; el ansía de ser desbocada, el incremento de una auténtica vocación de vuelo. Lo rutinario iba a ser trascendido y cada día iba a adquirir un nuevo matiz.

La monotonía se disgregaría, al lograr estar por encima de las pequeñas cosas, y los actos dispersos. Sólo así, de antemano, la conquista quedaba asegurada.

Un status de vida diferente. Encendió su auto y emprendió la marcha. Lentamente aumentó la velocidad hasta mantenerla a un promedio de 60 a 70 kilómetros por hora. En lo posible, buscó esquivar los molestos altos de los semáforos.

Estaba consciente que de haberse quedado en casa, su destino a corto, mediano o largo plazo hubiera sido compartido con un muchacho impuesto por sus padres.

Y de ser sojuzgada con chantajes, pasaría a ser de nueva cuenta, esclava de un esposo, de un hombre desconocido.

No quiso permitirlo y emprendió el vuelo. Sabía que hubiera lamentado el no haber agudizado con precisión las manecillas de su reloj. Tenía y creía tener pleno derecho a vivir, de acuerdo a sus metas, no tenía que aceptar imposiciones de ninguna clase. Se liberó; no tenía que navegar de acuerdo a órdenes preconcebidas.

En todo esto pensaba Mariana al conducir su auto. Primero pensó en ir a la librería-café, donde siempre encontraba la opción de ser diferente. Era la tarde; su ausencia todavía no sería resentida.

Sus padres estaban en sus respectivos trabajos, sus hermanos ocupados. Llegó, la distancia borrada. Se estacionó. Su lugar preferido y la sonrisa de satisfacción por ser valiente, ante su decisión.

Mariana era una muchacha atractiva, alta, de complexión regular, pelo castaño claro y tez blanca. Cargaba consigo una bolsa de lona que tenía por equipaje, una libreta de apuntes (de esas donde siempre hay cabida para todo) y su libro inseparable, su biblia, *El extranjero* de Albert Camus.

No recordaba con exactitud cuántas veces lo había leído, pero a partir de las páginas de Camus, asimiló el significado y profundidad de la soledad, de esa que surge cuando está cercano el vacío y uno se aferra, para evitar la caída.

Desde entonces quiso evitar las depresiones que aniquilan hasta disfrazar de apatía, toda tristeza.

En El Tintero, se puso a hojear con impaciencia las últimas revistas literarias,

entre sus páginas no encontró mayor novedad. Compró "En busca del tiempo perdido" de Proust.

Subió las escaleras, no precisamente por las que se puede dejar huella. Se sentó junto a la ventana y se puso a observar distraída los coches que pasaban, quizás de esa manera esperaba que el transcurso de sus días fueran ligeros, siguiéndose, parando tan solo ante los semáforos que hacen enfrenar al precipitar la luz roja sobre la amarilla. Encendió un cigarro y aspiró profundamente el humo.

El mesero le sirvió su café capuchino; *El extranjero*, sobre la mesa le exigía una relectura. Un muchacho le observaba, se escondía tras un volumen maltratado de *La montaña mágica* de Thoman Mann. El, un poco mayor, unos treinta años, quizás.

Moreno claro, cabellos y ojos castaño oscuro. Su principal atractivo: saber sonreír. Se acercó a su vecina casual de una tarde, con el usual pretexto:

—¿Podrías darme por favor un cigarrillo?

—Sí. Mariana lo saca de su cajetilla y se lo enciende.

—Gracias. Me llamo Alejandro y ¿tú?

—Mariana, ¿a que te dedicas?

—Busco ser escritor. No es tan fácil como parece y menos en Latinoamérica, donde se nos cotiza como parásitos sociales y donde el compadrazgo entre hombres de letras, impide el desarrollo.

—Te entiendo, he hecho algunas colaboraciones periodísticas y tengo entre mis pretensiones, ser poeta.

—Me parece bien que busques manejar y exorcizar las palabras, sólo así se podrán establecer los porqués definitivos.

—Por lo visto —reconoció Mariana—, eres todo un catedrático. Toma un sorbo de su café algo frío, apaga su cigarrillo casi pura colilla y cierra su libro.

Alejandro aprovecha ese momento para adquirir mayor seguridad. Quiero estar contigo si no tienes inconveniente, por supuesto. Sería tan lindo que nos contáramos cosas.

—Eres muy directo. Déjame pagar la cuenta, tengo mi coche estacionado afuera.

—¿Qué bien! el mío se encuentra en el taller y ahora viajo de muy diversas maneras, como verás.

Bajan las escaleras y él le pasa la mano, por el hombro y ella siente la necesidad de abrazarlo, no se explica porqué. El auto, el motor es encendido y se dirigen a la colonia de los callejones, donde la bohemia preside todo tipo de nostalgia.

Una canción en blues se sintoniza en el radio. A veces el silencio, a veces el humo de los cigarrillos que acompaña un trayecto. Llegan. Mariana se estaciona. Quedan frente a un semáforo amarillo y está precisamente en luz verde.

Alejandro comenta: El semáforo marca el comienzo. Besa a Mariana, beso que le brinda seguridad que el vuelo se encamina hacia el viento. Ya no teme por lo que ha de venir. No piensa en la rapidez de lo que le sucede. Accede a ser feliz. Su conquista comenzó al querer ser libre.

El beso se prolongó en una continuidad, donde ambos se encontraron satisfechos de darse calor, conjunción de dos soledades.

Con voz dulce Alejandro dice: Creo que para comunicarme profundamente contigo, Mariana, me sucede lo que con otras mujeres, necesito hacer el sexo contigo, de lo contrario permaneceremos distantes y no habrá ninguna oportunidad de acercamiento. Eso es lo que yo preveo.

Un poco ingenua. Mariana le contesta: Me agradas, para qué negarlo. Pero, si apenas nos conocemos, sería apresurarnos, somos todavía dos extraños, ¿No lo crees así?

—Cuando uno lo desea no hay tiempo ni medida, únicamente lo que trasciende es el deseo.

—Sólo dejaré mi inocencia, al conocer con exactitud el lugar final de las exploraciones, que apenas inicié.

El auto se hallaba estacionado en un callejón solitario. Nadie pasa, las construcciones testifican un nuevo beso, con el que Alejandro busca ganar terreno, sabe que es atractivo para ella. Él iba a ser el triunfador, al atrapar a la gaviota que iniciaba el vuelo de rescate de su vocación auténtica.

—Mariana, debes saber que es muy diferente estar juntos en la intimidad, cuerpo con cuerpo, sin vestimentas y cargamentos que estorban.

—Aún lo dudo. Y no es que me desagrades o que no confíe en tí, pero...

—No lo pienses tanto —la interrumpe—, así dejaríamos de ser extranjeros. Eres demasiado linda, me invitas a conocer tus secretos. Eres una aparición que no quiere dejar escapar.

Calló. Le miró intensamente. Delineó sus contornos.

—No quiero seguir discutiendo contigo, romperíamos el puente de comunicación que hemos entablado, y seríamos una vez, dos naufragos. Te invito a navegar juntos, te prometo que no nos hundiremos.

Mariana enoñe el motor de su auto. Eran cerca de las once de la noche, dudosa, pero no podía retroceder. Junto a ella, Alejandro, un escritor en idéntica vivencia. Llegaron a cierto hotel. Alejandro paga. Mariana entra escondiéndose, su rostro bajo. Las manos enlazadas y unas escaleras a subir.

Ante ellos la habitación, una música suave, no tan envolvente. Media luz y Mariana se recuesta en la cama. Alejandro inicia el acercamiento, camino de un solo cuerpo, de un infinito compartido, el calor cobija, el entablamiento del ser. Uno hacia el otro, el otro hacia uno. Se olvidan, buscan y comparten, exploran, el remanso, la resaca, el ser respira.

Ambos duermen juntos. Él la abraza y no deja de decirle antes de dormirse: Eres tan linda. Si ella cierra los ojos, él se los abre. No le permite que le dé espada hacia su realidad, aquello que ambos viven.

Mariana es mujer. Amanece. La propuesta de un baño conjunto. Besos y caricias traspasadas por agua. El jabón que juguetea. Y lo vivido entre la penumbra, ya no es un sueño.

Se visten, se dirigen caminando a la plaza cercana. Un jugo de zanahoria y uno de naranja cierra el círculo de la entrega. Caminan de regreso hacia el auto y se despiden en el jardín cercano a El Tintero, saben que es el fin. Alejandro regresa a su rutina, a ser compañero de su monotonía.

Pretenden que el tiempo no establezca entre ellos, ni distancia, ni ausencia. La fuente chorrea el agua, que Mariana se impide al no llorar.

Un último beso, dos espaldas caminan, Mariana hacia su propio encuentro; Alejandro a lo mismo que en el antes.

La ruptura que pillaron al tiempo culminó. Mariana espera que se abra El Tintero y compra el libro que Alejandro ha escrito. Busca el testigo del silencio que sí pudo comenzar a ser.